

tenido ocasión de ver que los autores del atentado de Julio de 1835, han dejado sucesores, que todavía les han superado.

Era el aniversario de la victoria de 1830, y el monarca quiso solemnizarle pasando una gran revista á las tropas y á la guardia nacional, que estaban formadas en los boulevards.

Acompañado de sus hijos los duques de Aumale, de Orleans y el príncipe de Joinville, de algunos ministros entre los cuales estaba Thiers, y de su lucido Estado Mayor, Luis Felipe se adelantaba hacia el boulevard del Temple, cuando una explosión horrible, seguida de gritos de dolor, de ayes de muerte, de imprecaciones de cólera que se exhalaban de entre la nube de polvo y de humo que cubría aquel espacio, reveló la existencia de uno de esos crímenes sin nombre, más horribles todavía, por la ferocidad que revelan en quienes le llevan á cabo.

Desvanecido un tanto el humo producido por la pólvora, se vió que el monarca no había recibido ni la más ligera rozadura y que, en cambio, el número de muertos y heridos así militares como paisanos era considerable. Pocos días después catofce carros fúnebres conducían los restos mortales de un general y gran número de paisanos y guardias nacionales.

Tal fué el resultado de la famosa máquina infernal ideada por Fieschi, ayudado por Morey y Pepin, los cuales pagaron poco más tarde, con la vida, el crimen cometido.

Todos los historiadores están conformes en que el monarca demostró una gran serenidad en aquel momento supremo, ocupándose de todas las víctimas del horrible atentado y prosiguiendo la revista en medio de las aclamaciones de la multitud.

Como sucede en casos semejantes, ninguno de los partidos que hacían la guerra al orden de cosas establecido, podía aceptar la responsabilidad de aquel suceso, por más que unos y otros se hiciesen repetidas acusaciones, hasta que finalmente se achacó lo sucedido á la monomanía sanguinaria de un fanático.

Lo que sucedió después del suceso indicado, fué lo que sucede siempre tras de semejantes actos.

Queriendo descubrir á los autores del atentado, lleváronse á cabo injustas prisiones, que no podían dar otro resultado que aumentar el general disgusto.

Ante el justo terror producido por un acontecimiento, demostración gráfica de la perversión que reinaba en la sociedad, el Gobierno comprendió la

necesidad en que estaba de reformar las leyes vigentes en un sentido mucho más restrictivo.

M. Perier presentó tres proyectos de ley relativos á la Cour d'Asises, al Jurado y á la prensa: por el primero se facultaba al ministro de Justicia para aumentar á su antojo el número de aquellos tribunales; el segundo proyecto, concedía al Jurado el voto secreto, disponiendo que la mayoría de votos para las sentencias fuese de ocho á siete: declaraba el tercer proyecto que se castigarían los delitos de imprenta con la detención y multa de diez mil á cincuenta mil francos. Todos estos proyectos, que merecieron la aprobación de las dos Cámaras, fueron conocidos más tarde bajo el nombre de «las famosas leyes de Septiembre».

Aun cuando el trono de Luis Felipe estaba asegurado como nunca después del último atentado de Fieschi, la verdad es que la Corte no estaba satisfecha en su ambición, á pesar de verse apoyada por un pueblo consternado, y deseaba sacudir el yugo del ministerio, para lo cual no desperdiciaba ningún medio que pudiese ocasionar un rompimiento entre Broglie y Guizot; pero tuvo que moderar sus deseos, por cuanto los dos ministros, jefes del partido doctrinario, estaban estrechamente unidos. Empero, fuese casualidad, ó efecto de un plan premeditado, una grave cuestión vino á poner en inminente riesgo al gabinete y á proteger las secretas miras del Rey y de la Corte.

M. Humann, ministro de Hacienda, cuando presentó á la Cámara el presupuesto para el año 1837, declaró que podían reducirse fácilmente los intereses de la Deuda pública. El asombro que estas palabras produjeron en los demás ministros, fué extraordinario, por no ocultárseles la grave crisis que podían acarrear; y aunque fué aquél un golpe inesperado para los doctrinarios, no lo fué menos para Humann, puesto que le obligó á salir del ministerio.

A Thiers únicamente parecía sonreír la fortuna: dominado por los ministros doctrinarios, no había podido representar en el gabinete más que un papel secundario, hasta que vino Humann á arrojar entre ellos, con su proyecto, la manzana fatal de la discordia, siendo el resultado de aquella inesperada división ministerial, debida á la casualidad ó á la intriga, la dimisión que presentó el gabinete que, como era de suponer, fué inmediatamente aceptada.

Pronto apareció en el *Monitor* un decreto nombrando un nuevo ministerio, en el que figuraba como presidente M. Thiers.

Este, á pesar de no ser considerado generalmente

como hombre de gobierno, había sabido adoptar una política resuelta y enérgica desde que se hallaba al frente del gabinete, capaz de acallar todo en derredor del trono: había uncido, por decirlo así, la Francia abatida á su triunfante carro.

Mas á pesar de esto, como dice un historiador, el nuevo presidente del Gobierno no tardó en retirarse, porque menos atrevido el monarca que su ministro, se negó á intervenir en los asuntos de España.

Molé y Guizot dominaron entonces, y su unión duró poco y se rompió á consecuencia de un acontecimiento que, si poco significaba por sí solo, era grave por su trascendencia.

El príncipe Luis Napoleón, sobrino del Emperador, había ido á Strasburgo el 3 de Octubre de 1836, con ánimo de levantar el ejército y la nación en favor suyo.

Habíase ya hecho suyo un regimiento de artillería, cuando fué preso.

El Gobierno le hizo pasar á América, mas llevó á sus cómplices ante los tribunales, que los absolvió, puesto que el príncipe había sido puesto en libertad.

Descontento de aquella sentencia, el ministro presentó al Congreso la famosa ley por la cual se separaban en los procesos las actuaciones, cuando recayesen en militares y paisanos á la vez; es decir, prescribía que los militares comparecieran ante los consejos de guerra, y los paisanos ante tribunales civiles.

En desacuerdo aquella ley con las máximas y tradiciones de la jurisprudencia francesa, que quiere que todos los reos de un mismo crimen comparezcan ante los mismos jueces, fué desechada.

El ministerio, que fracasó además en la demanda que hizo de una dotación para el duque de Nemours, se retiró.

Pero cansado Luis Felipe de aquellos cambios que desprestigiaban su autoridad, é impacientado de sufrir el yugo de las Cortes, pensó también en librarse de éste sin traspasar los derechos que le daba la Constitución.

El conde Molé, á quien sostuvo en el ministerio, estaba igualmente dispuesto á romper con las tradiciones parlamentarias.

Imbuído en los principios de autoridad que recibiera del imperio, cuando había sido ministro de Napoleón, entendió que el rey había de ser realmente rey.

Se comprendió cuánto agradaría á Luis Felipe semejante ministro, que no tenía ningún apego á

la máxima de Thiers: «El rey reina y no gobierna».

La administración del conde de Molé no fué de las más desdichadas para Francia, puesto que durante ella el país estuvo disfrutando de un período de calma y de tranquilidad que no dejó de serle beneficioso.

Porque sabido es que las naciones adelantan muy poco durante los tiempos de perturbación, y Francia, según ha podido juzgarse por la breve reseña que desde 1830 venimos haciendo, era la verdad, que apenas si había disfrutado pequeños interregnos de paz.

Y en prueba de ello hemos de decir que, ni aun las mismas leyes de Septiembre, de las cuales hemos hecho referencia en otro lugar, pudieron impedir la perpetración de nuevos crímenes, como los que se trataron de remediar.

Parece que á las naciones les sucede lo mismo que á los ríos cuando las frecuentes lluvias les obliga á salir de su cauce.

La avenida comienza, y en vano es que se traten de oponer diques para contenerla.

Cuanto mayores obstáculos se le oponen, mayor ímpetu adquiere la corriente y más embravecida arrastra todo lo que se opone á su paso.

Los pueblos, cuando una vez rompen la valla que el respeto, el temor ó el afecto forman, difícilmente se les puede contener.

Francia se encontraba en este caso; el entronizamiento de Luis XVIII, impuesto más por la voluntad de los aliados que por el verdadero afecto del pueblo, produjo un estado de inquietud que la campaña de los «Cien días», en 1815, contribuyó á aumentar, sin que fuera suficiente para extinguirlo el triste desenlace de Waterloo y las medidas de rigor que se siguieron al volver el mismo monarca al trono. En estado de permanente agitación habíase mantenido los nueve años que mediaron hasta 1824, en que Carlos X sucedió á su hermano, y tampoco el gobierno de éste, tuvo fuerza bastante para encauzar las desbordadas pasiones, y no hablamos de la fuerza material, que ésta, si apaga por el momento el fuego, le deja latente siempre bajo las cenizas que sobre él amontona, sino de la fuerza moral, que es la que verdaderamente sirve para imponer y dominar á las multitudes; llegó 1830 y cayó Carlos X con la impopularidad de su desdichada administración, y la revolución siguió su marcha empujando á Luis Felipe que, aun cuando quiso detenerse y dominar las embravecidas corrientes, tampoco pudo hacerlo y se gastaron sus



fuerzas y las de sus gobiernos sin poder conseguir los resultados que se proponían.

El atentado de Fieschi demostró hasta qué punto había llegado la exacerbación de la furiosa avenida que venimos indicando.

Las leyes que se siguieron á este atentado, resultaron ineficaces también, y la prueba de ello la tenemos en todas las tentativas de regicidio que se siguieron á aquel hecho, tentativas que demostraban el deseo de arrastrar el obstáculo que pretendía imponerse al furioso embate de las corrientes revolucionarias.

El 25 de Junio de 1836, un joven de 26 años, llamado Alibaud, disparó sobre el carruaje del monarca en ocasión que éste se dirigía á Neully.

Las dos balas penetraron en el interior del coche sin que hiriesen á ninguna de las personas que iban en él.

De un nuevo atentado acababa de librarse el rey Luis Felipe, pudiendo evitar los que capturaron á este segundo regicida, que se diese la muerte con un puñal.

En el asesino todo indicaba un profundo tedio de la vida, no permitiéndole la exaltación de sus ideas republicanas sustraerse al dolor, sin antes haber quitado la vida al que, en su obcecación, consideraba como único obstáculo al triunfo de su causa.

Por este atentado tornó de nuevo la Cámara de los Pares á constituirse en tribunal en 25 de Junio, y pocos días después condenaba á Alibaud á la última pena.

¿Y acaso con esta medida consiguieron remediarse para lo sucesivo los males que sufría el país? ¿Calmáronse las pasiones? ¿Encauzáronse los odios, las animosidades y los desórdenes?

Por ningún estilo. Al rigor de la ley oponíase la exaltación de las masas, y si algún período de calma, como dejamos expuesto, se disfrutaba, era más bien el espacio de tregua que unas y otras fuerzas necesitaban para reponerse, á fin de poder seguir con mayor ímpetu la lucha comenzada.

Porque no se trataba ya del derecho de la fuerza como suprema *ratio* para dominar las masas; faltaba la idea que convence, y usando sólo el palo que castiga, no era posible que se establecieran las corrientes de simpatía y de afecto, que son las que verdaderamente estrechan las relaciones entre el pueblo y el trono.

El día 27 de Diciembre del mismo año Meunier volvió á atentar contra la vida del rey, lo cual prueba que las corrientes mencionadas ni se habían establecido ni sería posible que se establecieran ya,

siendo muy difícil, si no imposible, oponer dique duradero á aquellas pasiones que, con intervalos de más ó menos calma, venían desbordadas ya desde los primeros momentos de la restauración de 1814.

A pesar de los buenos deseos de Molé no le fué posible sostenerse tampoco.

Los jefes de partido, estaban reducidos al simple papel de espectadores y Thiers, Guizot y Odilon Barrot, se aliaron para derribar á Molé.

Olvidáronse disidencias de opinión y rivalidades personales para empeñar un ataque definitivo contra la autoridad real.

Los amigos de la dinastía iban á darle el primer golpe, como si quisieran autorizar el axioma de que los amigos suelen perdernos antes que los enemigos.

Los debates de la interpelación, fueron animadísimos.

Molé se defendió de aquellos grandes oradores; ganó una mayoría de trece votos en la votación de la interpelación, pero moralmente se vió vencido y arrollado.

Antes, la Cámara de Diputados derribaba los ministerios; pero en esta ocasión el ministerio vaciló en disolver la Cámara.

Mas la coalición maniobró con tanta actividad y tino en las elecciones, que reunió una mayoría de cuarenta y cinco votos.

Molé se retiró en 8 de Marzo de 1839, comprendiendo que, si el Congreso triunfaba de la Corte, la tradición parlamentaria de la tradición monárquica, era obvio que los diputados habían vencido al Rey.

En efecto, los hombres que se decían más adictos de la dinastía, le dieron un rudo golpe, obligándole á la fuerza á respetar su voluntad contraria á la del ministro, y por ende á la de su apoyo el Rey.

Pero como sucede generalmente, obtenida la victoria dividiéronse los coaligados, y por espacio de dos meses las combinaciones suceden á las combinaciones, las pretensiones aumentan y hay una sucesión de ministros provisionales, extraordinaria.

Luis Felipe, más atento á aquellas luchas apasionadas de partido, á aquel pujilato de personalidades en el cual entraban por mucho también los apasionamientos populares, no veía ó quizás no acertaba á ver la furiosa tempestad que estaba formándose en el horizonte, de la cual había sido elocuente destello la sublevación de Strasburgo de 1836, intentada por Luis Napoleón, sobrino del emperador, y de la

cual con mayores detalles nos ocuparemos en el capítulo siguiente.

El 30 de Mayo de 1837 habíase verificado el matrimonio del duque de Orleans, heredero del trono, con la princesa de Mecklemburgo, lo cual parecía estrechar las relaciones entre Francia y Prusia, matrimonio que á no tardar mucho había de tener un dolorosísimo desenlace.

La coalición, como dejamos manifestado ya, no había podido entenderse, y á tal extremo había llegado el desorden, que el partido republicano creyó oportuno el momento para apoderarse del poder.

El día 12 de Mayo de 1839, Barbes y Blanqui, lánzase á la calle al frente de las masas, levántanse barricadas y se empeña el combate al grito de Viva la República.

Pero la inminencia del peligro vuelve á reunir á los divididos monárquicos; cesan las luchas personales; se unen, nómbrase un nuevo ministerio bajo la presidencia del general Soult, queda dominada la insurrección, y nuevas víctimas constituyen otra nueva etapa de violencias, de consternación y de alarma, en el reinado de Luis Felipe.



MADAMA ADELAIDA